

Nicolas Mathieu

CONNEMARA

Traducido del francés por Amaya García Gallego

Título original: *Connemara*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Actes Sud, 2022

© de la traducción: Amaya García Gallego, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-978-0

Depósito legal: M. 19.292-2022

Printed in Spain

Para Elsa

Les lacs du Connemara

Terre brûlée au vent
Des landes de pierres
Autour des lacs, c'est pour les vivants
Un peu d'enfer, le Connemara
Des nuages noirs qui viennent du nord
Colorent la terre, les lacs, les rivières
C'est le décor du Connemara

Au printemps suivant, le ciel irlandais était en paix
Maureen a plongé nue dans un lac du Connemara
Sean Kelly s'est dit «je suis catholique», Maureen aussi
L'église en granit de Limerick, Maureen a dit oui
De Tipperary, Barry-Connelly et de Galway
Ils sont arrivés dans le comté du Connemara
Y avait les Connors, les O'Connolly, les Flaherty du Ring of Kerry
Et de quoi boire trois jours et deux nuits

Là-bas au Connemara
On sait tout le prix du silence
Là-bas au Connemara
On dit que la vie, c'est une folie
Et que la folie, ça se danse

Terre brûlée au vent
Des landes de pierres
Autour des lacs, c'est pour les vivants
Un peu d'enfer, le Connemara
Des nuages noirs qui viennent du nord
Colorent la terre, les lacs, les rivières
C'est le décor du Connemara

Los lagos de Connemara

Tierra yerma por el viento;
pedregales en torno a los lagos;
para los vivos, casi un infierno:
así es Connemara.

Desde el norte, nubes oscuras
colorean tierra, lagos y ríos:
es el decorado de Connemara.

La primavera siguiente, bajo un apacible cielo irlandés,
Maureen entró desnuda en un lago de Connemara.
Sean Kelly pensó: «Católico soy, como Maureen».
En la iglesia de granito de Limerick, Maureen dijo: «Sí».
Desde Tipperary, Barry-Connelly y Galway
llegaron al condado de Connemara
los Connor, los O'Connolly y los Flaherty del Ring of Kerry,
y hubo bebida para dos noches y tres días.

Allí, en Connemara,
se sabe cuánto cuesta el silencio.
Allí, en Connemara,
se dice que la vida es una locura,
y que la locura hay que bailarla.

Tierra yerma por el viento;
pedregales en torno a los lagos;
para los vivos, casi un infierno:
así es Connemara.
Desde el norte, nubes oscuras
colorean tierra, lagos y ríos:
es el decorado de Connemara.

On y vit encore au temps des Gaëls et de Cromwell
Au rythme des pluies et du soleil
Aux pas des chevaux
On y croit encore aux monstres des lacs
Qu'on voit nager certains soirs d'été
Et replonger pour l'éternité
On y voit encore
Des hommes d'ailleurs venus chercher
Le repos de l'âme et pour le cœur, un goût de meilleur
L'on y croit encore
Que le jour viendra, il est tout près
Où les Irlandais feront la paix autour de la Croix

Là-bas au Connemara
On sait tout le prix de la guerre
Là-bas au Connemara
On n'accepte pas
La paix des Gallois
Ni celle des rois d'Angleterre

Michel Sardou (1981)

Allí aún se vive en la época gaélica y de Cromwell,
al ritmo de las lluvias y el sol,
y al paso de los caballos.

Allí aún se cree en monstruos lacustres
que a veces en verano, al caer la tarde,
aparecen y vuelven a hundirse para siempre.

Allí aún se ven forasteros
que acuden buscando reposo
para el alma y el corazón, el sabor de algo mejor.

Allí aún se cree
que ya no tardará el día en que,
en torno a la Cruz, se reconcilien los irlandeses.

Allí, en Connemara,
se sabe cuánto cuesta la guerra.

Allí, en Connemara,
no se acepta
la paz de los galeses
ni la de los reyes de Inglaterra.

Michel Sardou (1981)

Le entraba la ira ya al despertar. Para encabronarse solo tenía que pensar en lo que le estaba esperando, todas esas tareas que cumplir, todo el tiempo que iba a faltarle.

Y eso que Héléne era una mujer organizada. Hacía listas, planificaciones semanales, tenía metido en la cabeza y en el cuerpo lo que se tardaba en poner una lavadora, en bañar a la peque, el tiempo necesario para cocer los macarrones o poner la mesa del desayuno, llevar a las niñas al cole o lavarse el pelo. Sí, ese pelo que había estado a punto de cortarse veinte veces para ganar las dos horas semanales que le dedicaba y aun así lo había salvado veinte veces, y es que hasta ahí podíamos llegar, no le iban a quitar también eso, su melena, un tesoro desde la infancia.

Héléne estaba repleta de ese tiempo contado, de esos pecaditos de vida cotidiana que componían el rompecabezas de su vida. A ratos se acordaba de su adolescencia, de la cachaza consentida de los quince años, la indolencia de los domingos y, más adelante, los días de resaca holgazaneando. Esa etapa sepultada de su vida que había durado tanto y que retrospectivamente parecía tan breve. Por entonces, su madre le echaba la bronca porque se pasaba las horas muertas remoloneando en la cama en lugar de salir para aprovechar que

hacía sol. Ahora el despertador sonaba todos los días a las seis y los fines de semana ni siquiera tenía que sonar para que Hélène se levantase a la misma hora, como una autómatas, una máquina demasiado bien calibrada.

A veces tenía la sensación de que le habían robado algo, que ya no era del todo su propia dueña. Hacía tiempo que su sueño obedecía a exigencias superiores, el ritmo se lo marcaban la familia y el trabajo, su cadencia, en definitiva, tenía una finalidad colectiva. Su madre tenía de qué sentirse satisfecha. Hélène ahora veía toda la trayectoria del sol, por fin era útil, madre a su vez, igual de azacanada.

—¿Estás dormido? —preguntó en voz baja.

Philippe estaba echado bocabajo, como una mole a su lado, con un brazo doblado por debajo de la almohada. Parecía muerto. Hélène comprobó la hora. Las 6:02 h. En marcha.

—Eh —susurró más fuerte—, ve a despertar a las niñas. Date prisa o vamos a ir otra vez con la lengua fuera.

Philippe se dio la vuelta soltando un suspiro y el edredón, al levantarse, dejó escapar el olor denso y tibio, tan familiar, la densidad acumulada de una noche juntos. Hélène ya estaba en pie, en la punzante escarcha del cuarto, buscando las gafas encima de la mesilla.

—Joder, Philippe...

Su chico rezongó antes de volverse de espaldas. Hélène ya estaba repasando en el móvil los puntos obligatorios de su agenda. Se fue pitando a la ducha sin dejar de apretar los dientes y luego de cabeza a la cocina mientras echaba un primer vistazo al correo electrónico. Para el maquillaje ya se apanaría en el coche. Todas las mañanas las niñas le daban algún sofocón y prefería no ponerse la base antes de haberlas soltado en el cole.

Con las gafas en la punta de la nariz, les calentó la leche y echó los cereales en los cuencos. En la radio aún estaban esos

dos periodistas cuyo nombre no recordaba nunca. Iba bien de tiempo. Todas las mañanas, el boletín matutino de France Inter la ayudaba a situarse. De momento, la casa aún estaba sumida en la tranquilidad nocturna donde la cocina constituía como una isla en la que Héléne podía disfrutar de uno de esos escasísimos ratos de soledad, que paladeaba como si estuviera de permiso, lo que tardaba en tomarse un café. Eran las seis y veinte y ya necesitaba un cigarrillo.

Se echó la chaqueta gorda por los hombros y salió al balcón. Allí, acodada en la barandilla, fumó mientras contemplaba la ciudad desde las alturas, los primeros balbuceos rojos y amarillos del tráfico, los trechos luminosos de las farolas. En una calle vecina, un camión de la basura desempeñaba su tarea llena de suspiros y centelleos. Un poco más allá, a su izquierda, se alzaba una elevada torre cuajada de rectángulos brillantes por los que cruzaba de tanto en tanto una silueta hipotética. A lo lejos, una iglesia. A mano derecha la mole geométrica de los hospitales. El centro quedaba lejos, con sus callejuelas adoquinadas y tiendas prometedoras. Nancy, estirándose, volvía a la vida. No hacía mucho frío para ser una mañana de octubre. Sonó el colorido crepitar del tabaco y Héléne echó un vistazo por encima del hombro antes de consultar el móvil. En la cara se le dibujó una sonrisa, aún más luminosa con el reflejo de la pantalla.

Había recibido un mensaje.

Palabras sencillas que decían estoy impaciente, qué ganas de que llegues. El corazón se le desbocó brevemente; Héléne dio la última calada y sintió un escalofrío. Eran las seis y veinticinco, aún le quedaba vestirse, llevar a las niñas al cole y mentir.

—¿Has preparado la mochila?

—Sí.

—Mosca, ¿te has acordado de las cosas de la pisci?

—No.

—Pues, hija, hay que acordarse.

—Ya.

—Te lo dije ayer, ¿no te enteraste?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo no te has acordado?

—Ha sido sin querer.

—Es que para acordarse hay que querer.

—No se puede hacer bien todo —replicó Mosca, con tono sabihondo, a través de los bigotes de Nesquik.

Tenía seis años recién cumplidos y cambiaba de día en día. Clara también había pasado esa etapa de crecimiento acelerado, pero a Hélène se le había olvidado qué se sentía al ver cómo se convertían de forma tan brusca en «personas». De modo que estaba redescubriendo, como si fuera la primera vez, ese momento en que un niño sale del embotamiento de la primera infancia, deja atrás los modales de bichito ávido y se pone a razonar, a gastar bromas, a salir con cosas que pueden cambiar los ánimos de una comida o dejar a los adultos con la boca abierta.

—Bueno, yo me tengo que ir ya. Adiós a todas.

Philippe acababa de aparecer en la cocina y con un gesto muy suyo se remetió la camisa en los pantalones, pasando la mano por la cinturilla, desde la tripa hasta la espalda.

—¿Has desayunado?

—Tomaré algo en la oficina.

El padre les dio un beso a sus hijas y luego a Hélène, rozándola con los labios.

—¿Te acuerdas de que esta tarde recoges tú a las niñas?
—le soltó ella.

—¿Esta tarde?

Philippe ya no tenía tanto pelo como antaño, pero seguía siendo bastante guapo, en plan cachas perfumado, un tío

grande y bien vestido, con la misma chispa en la mirada, la del listillo de la clase preparatoria que nunca se hernia, el tramposo que se las sabe todas. Era irritante.

—Llevamos una semana hablando del tema.

—Ya, pero igual me tengo que traer curro.

—Pues llama a Claire.

—¿Tienes su número?

Hélène le dio el número de la canguro y le recomendó que la llamara deprisita para asegurarse de que estaba disponible.

—Vale, vale —contestó Philippe memorizándolo en el móvil—. ¿Sabes a qué hora vuelves?

—En principio, no muy tarde —contestó Hélène.

Notó una oleada de calor en las mejillas y que la blusa se le encogía dos tallas.

—Pues vaya mierda —comentó su chico, mientras iba pasando correos con el pulgar en la pantalla del móvil.

—Ni que me pasara todo el santo día por ahí. Te recuerdo que ayer y anteayer volviste a las nueve.

—Tengo que currar, ¿qué quieres que te diga?

—Claro, porque lo que hago yo es por amor al arte.

Philippe alzó la mirada de la pantalla azul y ella se topó con esa sonrisa suya tan curiosa, horizontal, de labios finos, con esa expresión de estar tomándole el pelo a todo el mundo.

Desde que habían dejado la capital Philippe parecía convencido de que ya no se le podía exigir nada. Al fin y al cabo, por Hélène había dejado un puestazo en Axa, a sus colegas del bádminton y, en conjunto, unas perspectivas que no se podían ni comparar con el panorama local. Y todo porque su mujer no había podido mantener el tipo. De hecho, ¿se habría recuperado siquiera? Aquella mudanza forzosa seguía interponiéndose entre ellos como una deuda. En cualquier caso, era la sensación que le daba a Hélène.

—Bueno, pues hasta la tarde.

—Hasta la tarde.

Dicho lo cual, H el ene se dirigió a las niñas:

—Hala, los dientes, la ropa y nos vamos. Todavía me tengo que poner las lentillas. Y no pienso repetirlo.

—Mamá... —aventuró Mosca.

Pero H el ene ya había salido de la habitación, apresurada, con el pelo recogido y las nalgas respingonas, comprobando los mensajes de WhatsApp mientras subía las escaleras que llevaban al piso de arriba. Manuel le había escrito otro mensaje, hasta esta tarde, decía, y ella volvió a notar ese pinchazo delicioso, ese yuyu en el pecho que era un poco como a los quince años.

Treinta minutos más tarde, las niñas estaban en el cole y H el ene, muy cerca de la oficina. Mecánicamente, pasó revista a las citas del día. A las diez, reunión con la gente de Vinci. A las dos, devolverle la llamada a la tía de Porette, la cementera de Dieuze. Estaban barajando un plan social y a H el ene se le había ocurrido una reorganización de los servicios transversales que podía evitar cinco despidos. Según sus cálculos, podía lograr que se ahorraran casi quinientos mil euros al año modificando el organigrama y optimizando los servicios de compra y el parque móvil. Erwann, su jefe, le había dicho no podemos cagarla con este caso, es superemblem atico, es que sencillamente no podemos cagarla. Y luego, a las cuatro, su famosa presentación en el ayuntamiento. Deber a repasar las diapos una última vez antes de ir. Pedirle a Lison que imprimiera un informe para cada asistente, por las dos caras, no fuera a ser que algún ecologista tiquismiquis se la llevara por delante. No olvidarse de la portadilla personalizada. Conocía a los empleados de la administración, a los jefes de servicio, esa panda de personas importantes y preocupadas que diri-

gían las fuerzas municipales. A los tíos les chiflaba ver su nombre impreso en una carpeta o en la primera página de un documento oficial. Cuando habían superado cierto grado en sus aparatosas carreras, solo les quedaba distinguirse de los subalternos, sobresalir entre los compañeros.

Y, a última hora de la tarde, la cita...

De Nancy a Épinal calculaba poco menos de una hora en coche. No le iba a dar tiempo ni a pasar por casa para darse una ducha. De todas formas, tampoco era cosa de acostarse en el primer encuentro. Una vez más, pensó que debería anularlo, que definitivamente era una tontería. Pero resulta que Lison ya estaba esperándola en el aparcamiento, vapeando ávidamente adosada a la pared, con su cara tan peculiar perdida en una nube de humo de manzana y canela.

—¿Qué? ¿Lista?

—Qué dices... Me tienes que imprimir los informes para el ayuntamiento. La reunión es a las cuatro.

—Está hecho desde ayer.

—¿A doble cara?

—Pues claro, a ver si se ha creído que soy una negacionista del cambio climático...

Las dos mujeres se apresuraron hacia los ascensores. En la cabina que subía hasta las oficinas de Elexia, Hélène procuró no cruzar la mirada con la de la becaria. Por una vez, Lison se había guardado la eterna cara de sueño y estaba chispeante, como si fuera ella la que había quedado con un ligue al final de la jornada. La puerta se abrió en el tercer piso y Hélène salió delante.

—Ven conmigo —dijo mientras cruzaba el inmenso *loft* que ocupaba en gran parte el extenso *open space* de la empresa de consultoría, con el archipiélago de mesas, la estrecha alfombra roja que marcaba las zonas de paso y las abundantes plantas ornamentales que prosperaban bajo el diluvio de

luz que caía desde las altas ventanas. Varios sillones rojos y sofás grises autorizaban a tomarse aquí y allá un amistoso descanso entre compañeros. La cocinita habilitada al fondo del todo servía para calentar la tartera y entablar discusiones sobre los víveres abandonados en la nevera. Los únicos espacios cerrados se encontraban en la entreplanta, una sala de reuniones a la que llamaban el *cubo* y el despacho del jefe. Hélène y Lison se encerraron precisamente en el cubo, a salvo de oídos indiscretos.

—Me he colado —empezó Hélène.

—No, para nada. Va a salir bien.

—Estoy ahí, como una imbécil, todo el día pendiente del móvil. Tengo el curro. Tengo a las crías. Es demencial. No puedo dejarme llevar por este tipo de cosas. Voy a pasar.

—¡Espera!

A veces ocurría que Lison bajaba la guardia y se permitía tutear a su jefa. Hélène no se lo tenía en cuenta. Tenía tendencia a hacer la vista gorda con esa chavalita tan rara. Cabe decir que tenía su gracia, con las Converse, los abrigos sastre de segunda mano y ese careto caballuno de dientes demasiado largos y ojos separados que no bastaban para afearla. Porque, antes de que apareciera ella, Hélène llevaba mucho tiempo sintiéndose al borde del abismo.

Y eso que, sobre el papel, no le faltaba de nada, la casa de diseño, un puesto de responsabilidad, una familia digna de la revista *Elle*, un compañero bastante potable, un vestidor e incluso buena salud. Pero estaba esa cosa innombrable que la socavaba, que tenía tanto de hartazgo como de carencia. Esa grieta con la que cargaba sin saber.

El daño se había manifestado cuatro años antes, cuando ella y Philippe aún vivían en París. Un buen día, en la oficina, Hélène se encerró en el baño sencillamente porque ya no podía soportar ver cómo se le llenaba la bandeja de entrada de

mensajes. A partir de entonces, esa retirada se convirtió en una costumbre. Se metía allí para librarse de una reunión, de un compañero, para no tener que seguir atendiendo llamadas. Y ahí se quedaba, sentada en la tapa del váter durante horas, mejorando su puntuación del *Candy Crush*, incapaz de reaccionar y planteándose con deleite el suicidio. Poco a poco, las cosas más triviales le resultaron insufribles. Por ejemplo, se sorprendió a sí misma llorando porque en el menú del comedor de la empresa había otra vez zanahoria rallada y patatas *dauphine* para comer. Incluso las pausas para fumar habían tomado un cariz trágico. Y el trabajo propiamente dicho, simple y llanamente había dejado de importarle. ¿Para qué servían tanta tabla Excel, tanta reunión repetida hasta el infinito y el vocabulario, joder? Cuando alguien pronunciaba delante de ella las palabras *impactar*, *kickoff* o *priorizar*, le entraban náuseas. Al final, ya no podía ni oír la nota que sonaba al encender el MacBook Pro sin echarse a llorar.

Así fue como perdió el sueño, y pelo, y peso, y le apareció un eczema debajo de las rodillas. Una vez, en el transporte público, al contemplar la palidez del cuero cabelludo de un viajero peinado con raya al lado, le entró un vahído. Se sentía ajena a todo. Ya no tenía ganas de estar en ningún sitio. El vacío se había apoderado de ella.

El médico diagnosticó un síndrome del trabajador quemado sin mucha convicción y Philippe tuvo que aceptar marcharse de París con gran dolor de su corazón. Al menos vivir en provincias tenía sus ventajas, como mejor calidad de vida y la posibilidad de comprar una casa espaciosa con un jardín grande, por no hablar de que parecía razonable que en esas regiones hospitalarias se pudiera conseguir plaza de guardería sin tener que acostarse con algún pez gordo del ayuntamiento. Además, los padres de Héléne vivían por los alrededores y podrían echarles una mano de vez en cuando.